



RESEÑA

KARIM J. GHERAB MARTÍN

Universidad Rey Juan Carlos, España

Elías, C. (2019). *Science on the Ropes. Decline of Scientific Culture in the Era of Fake News*. Cham, Switzerland: Springer Nature Switzerland AG. 330 páginas. https://doi.org/10.1007/978-3-030-12978-1_1

A pesar de publicarse en 2019, poco antes del surgimiento de la pandemia de Covid-19, este libro predijo muchos de los fenómenos mediáticos de los que estamos siendo testigos en la actualidad. Describe los países occidentales como sociedades decadentes, el resultado de un creciente desdén por la ciencia. A lo largo de 330 páginas, el autor explica los factores que, a su juicio, han provocado el declive de la razón entre los más jóvenes: un periodismo despreocupado por la verdad; una herencia religiosa anticientífica; unos políticos que son *de letras*; una infinita oferta de ocio; estudiantes que buscan la gratificación inmediata y rehúyen el esfuerzo intelectual; profesores con una orientación filosófica postmoderna; y una sociedad-auditorio cuyos valores culturales anteponen lo emocional-sentimental a lo racional, el *pathos* antes que el *logos*.

Carlos Elías, autor del libro, es licenciado en química y en periodismo (es decir, es *de ciencias* y *de letras*) y ejerce como catedrático de periodismo científico en la Universidad Carlos III de Madrid. En sus inicios como químico, logró sintetizar nuevas moléculas, publicando sus resultados en revistas de impacto tales como la *Royal Society of Chemistry* o el *Journal of Inorganic Chemistry*; y como profesional del periodismo, trabajó primero en la *Agencia EFE* (sección de Política) y luego en el diario *El Mundo* (responsable de la sección de Ciencia), antes de dedicarse a la investigación universitaria en periodismo y comunicación científica. Esta experiencia polifacética le ha permitido conocer y comparar ambos mundos: la actividad científica y la industria mediática. Consciente de ser un testigo privilegiado y tenedor de una

inusual mezcla de saber científico y mediático, ha redactado la obra en primera persona, alternando el relato de sus experiencias personales (*ethos* + *pathos*) con argumentos bien documentados (*logos*) que apoyan su irreverente tesis. El libro es entretenido y, gracias al *expertise* de su narrador en estos temas, tiene un enorme valor como exposición sincera, y sin tapujos, de la relación entre la ciencia y los medios de comunicación. El análisis de esta relación es fundamental para entender la falsa imagen que el gran público tiene de la ciencia.

El tono del libro no es dialéctico, sino que enfatiza las oposiciones maniqueas: ciencias *versus* letras, científicos *versus* postmodernos, razón *versus* religión, Oriente *versus* Occidente, Estados Unidos de América *versus* China, Reino Unido *versus* España, pasado *versus* futuro. Es por ello que el libro no deja indiferente a nadie. Por un lado, los defensores de la razón; por otro, los pensadores irracionales. Naturalmente, Elías está del lado de los racionales, o sea, los *de ciencias*, a los que presenta como víctimas. Son víctimas por tres motivos: primero, por elegir una vocación muy exigente, socialmente poco valorada y de resultados imprevisibles; segundo, porque en la ciencia sólo vale ser el primero, de nada sirve descubrir o inventar algo que ya hizo otro; y tercero, porque los que dirigen los países y deciden las políticas tecnocientíficas y socioeconómicas (o sea, los gobernantes) son *de letras*. Este último tipo de víctima es importante en el relato del autor, porque nos incluye a todos, a los de letras y a los de ciencias. En efecto, Elías insiste, con acierto en mi opinión, en un hecho indudable: el discurso postmoderno anticientífico va ganando terreno no sólo en los medios; también en los colegios y en las universidades, poniendo *contra las*

cuerdas el discurso analítico típico de la ciencia, basado en la recolección y precisión de los datos empíricos y en el poder deductivo de la lógica-matemática. Los maestros y profesores postmodernos, que Elías personifica en los filósofos franceses del siglo XX (Baudrillard, Deleuze, Derrida, Foucault, Lacan, Lyotard), en la Escuela de Frankfurt (Adorno, Horkheimer, Marcuse, Habermas) o en los filósofos de la ciencia posteriores al empirismo lógico (Popper, Lakatos, Kuhn, Feyerabend), son los responsables de la creciente irracionalidad de la sociedad occidental, cada vez más alejada de los ideales y valores de la Antigua Grecia o de la Ilustración francesa.

A mi juicio, la exposición que hace Elías de los cuatro filósofos de la ciencia es injusta y precipitada. Y sin dejar de reconocer los excesos de Kuhn y de Feyerabend (rozando la obscenidad intelectual en el caso del segundo), no es menos cierto que ambos han realizado aportaciones relevantes a la compleja tarea de *pensar la ciencia*. Por ejemplo, la expresión *todo vale* del físico-filósofo austriaco se ha malinterpretado en muchos círculos como una defensa del relativismo, y aunque es verdad que Feyerabend hizo por por desmentirlo (y ya de paso rebajar sus ínfulas y creciente popularidad), lo cierto es que la expresión es más sutil de lo que parece a primera vista. Expresado en el lenguaje de la filosofía de la mente, la polémica afirmación (*en ciencia todo vale*) viene a decir que jamás lograremos hacer que una máquina desarrolle nueva ciencia, ciencia disruptiva. La ciencia de frontera es una actividad típicamente humana, no programable, no algorítmica. En otras palabras, usando una célebre distinción del filósofo John Searle (*weak AI vs strong AI*), podemos afirmar que existe el *método científico* en un sentido *débil*, no en un sentido *fuerte*. Así interpreto yo el *todo vale*: poner de relieve la originalidad del científico y no el manual de instrucciones. No existe un único método que dicte qué posición tomar ante cada experimento crucial (o sea, decidir si una *falsación* es real o aparente), porque las casuísticas son infinitas. En ocasiones entra en juego la intuición, un *know-how* o bagaje intelectual tácito basado en miles de interacciones, interpretaciones y reinterpretaciones acumuladas por el científico al manipular los instrumentos del laboratorio. Por decirlo de manera más rotunda: *no es la ciencia la que innova; son los científicos*. En cada especialidad existe un consenso sobre un determinado método a seguir, pero el buen

científico es libre de saltárselo (es más, *debe saltárselo*) si así lo cree necesario. Naturalmente, al hablar de *científico* no me refiero necesariamente a un único individuo, sino que puede tratarse de una red de individuos que conforman un grupo o comunidad científica. Pero, fiel a sus excesos, Feyerabend se equivoca cuando propone un marco normativo basado en contrarreglas, que, dicho sea de paso, no se aplica a sí mismo. En mi caso, a pesar de simpatizar con esta interpretación del *todo vale*, no estoy de acuerdo con su relativismo científico. Seguramente, Kuhn y Feyerabend (no así Popper o Lakatos) tienen su parte de culpa en el desprestigio de la ciencia en ciertos círculos, pero no es menos cierto que las *malas lecturas* han campado a sus anchas.

Pero olvidemos la filosofía de la ciencia, disciplina en la que Elías no es especialista, y volvamos a su descripción del fenómeno mediático: periódicos, radio, cine, televisión, internet, redes sociales. En su terreno, el análisis de los canales que median entre el científico y el ciudadano de a pie, Elías es imbatible. Entre esos canales, el autor incluye la escuela y la universidad, que están perdiendo autoridad ante el empuje de las *fake news* en las redes sociales y los *chats* de mensajería instantánea, pero también debido al bajo nivel lógico-científico de maestros de escuelas y profesores universitarios formados en las corrientes de la postmodernidad, educados en la sospecha permanente frente a la industria tecnocientífica y/o temerosos de todo aquello que requiera de un poco de pensamiento abstracto (digamos, las matemáticas). Lo mismo, afirma el autor, es aplicable a los periodistas, que andan más preocupados por los índices de audiencias que por buscar y contar la verdad. Un ejemplo muy de actualidad es lo que está sucediendo con las noticias sobre las vacunaciones contra el coronavirus SARS-CoV-2 y la enfermedad asociada Covid-19. Muchos ciudadanos desconfían actualmente de la ciencia y/o de los científicos. Elías propone eliminar a los mediadores (los periodistas) entre los científicos y los ciudadanos y que sean los propios científicos quienes divulguen o informen al público.

Hemos entrado en un milenio en el que los algoritmos cobrarán cada vez más protagonismo. Saber moverse en *un mundo de algoritmos* requerirá de ciertas habilidades, donde el recurso de la lógica y las matemáticas

se convertirá en un equipaje extremadamente valioso. En un mundo en el que *todo es número* (Pitágoras), apelar al *pathos* y al *ethos* como únicos recursos no será suficiente. Será necesario dominar el *logos*, una habilidad que según Carlos Elías se está perdiendo. El libro es un manifiesto en favor de la lucha contra las *fuerzas irracionales* que dominan las esferas mediáticas, políticas y educativas en la actualidad y un intento por evitar que la ciencia y la razón acaben siendo estranguladas¹. Sin duda, se trata de un libro de imprescindible lectura si se desea conocer en profundidad la dimensión mediática de la ciencia en la actualidad.

¹ El libro aquí reseñado es la continuación y ampliación de otro libro publicado en castellano por este mismo autor: Elías, C. (2008). *La razón estrangulada: la crisis de la ciencia en la sociedad contemporánea*. Debate.